

Memoria oficial y otras memorias: la disputa por los sentidos del pasado

Grupo de Investigación Cyberia¹



Página anterior.

1 Orlando Silva Briceño, profesor de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Jorge Enrique Aponte Otálvaro, Paula Viviana Cano Jaramillo, Diego Fernando Díaz Franco, Nathalia Martínez Mora, José Joaquín Pinto Bernal, Angie Johana Pineda Ardila, licenciados en Educación Básica con Énfasis en Ciencias Sociales, de la Universidad Distrital.

A mediados del siglo XX la memoria se convirtió en una categoría significativa en el campo de las ciencias sociales, relacionándose indudablemente con lo que Elizabeth Jelin denominó “explosión de la memoria”², que se manifiesta en diversidad de prácticas sociales en la vida cotidiana de las sociedades contemporáneas y van constituyendo múltiples formas de culto al pasado, llegando al punto en el que como lo afirma Traverso, “Hoy, todo se transforma en memoria”³.

En el ámbito académico e investigativo el aumento de las reflexiones y debates a propósito de la memoria permitieron ampliar y complejizar los desarrollos conceptuales propuestos por autores considerados como clásicos en dicho campo teórico: en la sociología Maurice Halbwachs, en la fenomenología y la hermenéutica Paul Ricoeur y en la historia Pierre Nora y Jacques Le Goff.

En la actualidad, los mayores aportes se encuentran en contextos de países que vivieron represiones políticas en las dictaduras militares o guerras civiles, como lo es el caso de España en donde se localizan una importante cantidad de documentos e investigaciones sobre las memorias

del periodo de la guerra civil⁴, o algunos países del Cono Sur que en el marco del Panel Regional de América Latina (RAP) del Social Science Research Council adelantaron una serie de investigaciones que tiene como objetivo fundamental fomentar la investigación y formación de jóvenes investigadores sobre la memoria de los periodos de dictadura y represión.

Colombia no es ajena a éste fenómeno, por el contrario, se observa cómo desde diversas instituciones académicas y organizaciones comunitarias se promueven eventos, proyectos y programas tendientes a realizar procesos de elaboración de memoria desde distintos enfoques teóricos y disciplinarios, o a partir de las experiencias vividas en el marco del conflicto social y armado y de las expectativas de futuro frente

2 Elizabeth Jelin. Los trabajos de la memoria. Madrid: Siglo Veintiuno editores, 2002.

3 Enzo Traverso. “Historia y memoria: notas sobre un debate”. En: FRANCO, Marina. LEVIN, Florencia (Comp.) Historia reciente: perspectivas y desafíos para un campo en construcción. Buenos Aires: Paidós, 2007, p. 67.

4 Al respecto se hallan los desarrollos teóricos de Reyes Mate, o de Paloma Aguilar, quien tiene un trabajo extenso sobre las memorias de la política o las políticas de la memoria en el contexto español.



a la situación actual. No obstante, algunas de estas propuestas se hallan vinculadas a una cultura de la memoria relacionada con una forma de exaltación del pasado, que concibe a la memoria como un mecanismo cultural para consolidar el sentido de pertenencia a comunidades o grupos, anclados en el imaginario de la identidad nacional y que pretenden imponer un supuesto proceso de posconflicto, que desdibuja e inhibe otras posibles construcciones sociales del pasado por fuera de marcos sociales de memoria propuestos por los proyectos de Estado Nacional, y que desconocen la vigencia y presencia actual del conflicto en el país.

En este contexto, el presente documento pone en discusión las categorías de Memoria Oficial y lo que se designa como Otras Memorias, pretendiendo recoger las diferentes nominaciones que se le han dado a la memoria en oposición a la versión oficial. Igualmente, realizar una aproximación conceptual de dichas categorías desde los avances teóricos de diversos autores y presentar a manera de ejemplo, dos expresiones de otras memorias sobre la violencia en Colombia: la memoria gaitanista y la memoria de la violencia en la literatura colombiana.

Así mismo, en el texto se amplía la discusión de la relación entre memoria e historia adelantada por el grupo de investigación CYBERIA de la Universidad Distrital, en el marco de la investigación “La primera violencia en la enseñanza de las ciencias sociales, entre la memoria oficial y otras memorias: el caso de seis instituciones educativas en Bogotá” financiada

por el IPAZUD, que permita construir unos criterios teóricos, para posteriormente analizar la manera como la memoria aparece en el ámbito de la enseñanza de las ciencias sociales.

Memoria oficial

En el mundo moderno occidental, la Historia, en su configuración como disciplina, se entendió como conocimiento racional orientado a la constitución de un régimen de verdad sobre el pasado, configurándose como dispositivo de saber sobre aquello que podría ser admitido como verdadero o falso en los discursos del pasado y sus repercusiones sobre el presente. De esta forma, la memoria social quedó reglada bajo los esquemas de disciplinamiento y control, instituyendo un sistema de regulación discursivo.

Este sistema de control y de exclusión a su vez diseñó una narrativa común sobre el pasado de las naciones que vendría a establecerse como mito fundador de la nacionalidad. Por tal razón, se instauraron las historias nacionales, que como discursos, generaron unos dispositivos sociales e institucionales convirtiendo una versión de la memoria colectiva en *memoria oficial* y determinando sus condiciones de utilización y circulación.

En la producción teórica sobre la memoria, lo oficial es entendido como los discursos sobre el pasado que se producen desde los Estados Nacionales, buscando la conformación de vínculos de pertenencia a ellos. Elizabeth Jelin al referirse a la memoria oficial afirma que:





...en los procesos de formación del Estado –en América Latina a lo largo del siglo XIX, por ejemplo– una de las operaciones simbólicas centrales fue la elaboración del gran relato de la nación. Una versión de la historia que, junto con los símbolos patrios, monumentos y panteones de héroes nacionales, pudiera servir como nodo central de identificación y de anclaje de la identidad nacional⁵.

Además, señala el sentido de estos relatos al preguntar y responder por la pretensión de dichas memorias oficiales: “¿Para qué sirven estas memorias oficiales? Son intentos más o menos conscientes de definir y reforzar sentimientos de pertenencia, que apuntan a mantener la cohesión social y a defender fronteras simbólicas [...] Al mismo tiempo, proporcionan los puntos de referencia para ‘encontrar’ las memorias de grupos y sectores dentro de cada contexto nacional”⁶. Intención que implica subsumir o someter otras posibles narrativas del pasado contenidas en lógicas diferentes a la de la forma de Estado Nacional.

Como proceso activo de constitución de los sujetos nacionales, la implementación social de unas prácticas de memoria oficial requiere de agentes o actores que dinamicen dicho proceso, pero como en todo campo social, la memoria se convirtió en un campo de lucha y los actores en protagonistas de la disputa, con el propósito de hegemonizar el campo de la memoria, siendo prevaleciente el papel de los actores estatales quienes lograron consolidar y poner a circular una

forma de memoria hegemónica, la historia/memoria oficial:

Se trata de actores que luchan por el poder, que legitiman su posición en vínculos privilegiados con el pasado, afirmando su continuidad o su ruptura. En estos intentos, sin duda los agentes estatales tienen un papel y un peso central para establecer y elaborar la historia/memoria oficial. Se torna necesario centrar la mirada sobre conflictos y disputas en la interpretación y sentido del pasado, y en el proceso por el cual algunos relatos logran desplazar a otros y convertirse en hegemónicos⁷.

En un sentido parecido, Enzo Traverso plantea la discusión acerca de la configuración de una memoria oficial en términos de memorias fuertes y memorias débiles, al respecto expresa que: “Hay memorias oficiales alimentadas por instituciones, incluso Estados, y memorias subterráneas, escondidas o prohibidas. La visibilidad y el reconocimiento de una memoria dependen también, de la fuerza de quienes la portan. Dicho de otra manera hay memorias fuertes y memorias débiles”⁸. La fuerza de una memoria, por éste autor, es identificada por su reconocimiento público e institucional más que por el ejercicio

5 Jelin. *Óp. Cit.*, p. 40.

6 *Ídem.*

7 *Ídem.*

8 Enzo Traverso. *El pasado instrucciones de uso. Historia, memoria, política.* Barcelona: Marcial Pons, 2007, p. 48.



que de ella realice la fuerza estatal, contrario a lo planteado por Jelin. Sin embargo, los dos comparten la idea de que las memorias oficiales o fuertes tienen como función la de someter o eliminar las memorias contra-hegemónicas o memorias débiles.

Paul Ricoeur también parte por considerar a las memorias oficiales como las agenciadas por el Estado y sugiere que uno de los papeles de la historia crítica en oposición a la historia oficial, es el de señalar a la memoria oficial y a la producción de sentido que desde allí se hace, sus olvidos, omisiones y resultados de ella. Por tanto, considera que "...lo que está en juego en este punto es la identidad que trata de justificar la historia oficial (...) lo más difícil no es contar de otra manera o dejarse contar por otros, sino contar de otra manera los acontecimientos fundadores de nuestra propia identidad colectiva, principalmente nacional"⁹. Se desprende de éste enunciado la necesidad de construir diferentes narrativas sobre el pasado que permitan redefinir la construcción de nuevas formas de identidad colectiva de carácter diverso, de una identidad plural.

En el agenciamiento que realiza el Estado por medio de la memoria/historia oficial, éste determina las reglas, las condiciones de uso e inclusive las condiciones de existencia de ella, la institución de un origen, que legitima la derrota de "los otros", los vencidos. A este respecto manifiesta Ricoeur que:

Es un hecho que no existe comunidad histórica que no haya nacido de una relación que



se puede llamar originaria con la guerra. Lo que celebramos con el título de acontecimientos fundadores, son en lo esencial actos de violencia legitimados luego por un Estado de Derecho precario, legitimados en último término por su antigüedad misma, por su vetustez. Los mismos acontecimientos significan para unos la gloria, para otros la humillación (...) Así es que encuentran guardados, en los archivos de la memoria colectiva, heridas reales y simbólicas¹⁰

Las otras memorias, las memorias divergentes, están presentes en la ausencia, en el silenciamiento e invisibilidad de la memoria oficial. Las heridas abiertas de los pueblos o colectivos humanos vencidos o en resistencia, son la condición que hace posible una permanente emergencia de otras memorias, que con su fuerza reivindicativa, reeditan el combate por el sentido del pasado, la necesidad de combatir por la memoria.

9 Paul Ricoeur. *La lectura del tiempo pasado: Memoria y olvido*. España: Arce, 1998. p. 48.

10 Paul Ricoeur. citado por Carlos Demasi. "Entre la rutina y la urgencia". En: JELIN, Elizabeth. LORENZ, Federico Guillermo. (Comp.) *La escuela elabora el pasado*. Argentina: Siglo Veintiuno Editores, 2004, pp. 133-134.





Otras memorias

En la delimitación del concepto de memoria oficial realizado en el apartado anterior, se hizo evidente, como éste, a su vez está constituido por sus correlatos: memorias (Jelín), memorias débiles (Traverzo), historia crítica (Ricoeur), que se pueden complementar con otras denominaciones, contra-memoria (Nora¹¹, Foucault¹²), contra-memoria crítica (Cuesta¹³), memorias disidentes (Gnneco y Zambrano¹⁴), contra-historia desde abajo (Wachtel¹⁵), nominaciones que permiten evidenciar la presencia y potencia de otras memorias en la disputa por los sentidos del pasado, en antagonismo a la memoria oficial.

Contra - historias

El nodo central de tensión en el debate entre memoria oficial y otras memorias es el de la legitimidad de la historia, su uso para oficializar un régimen de verdad sobre el pasado y la subordinación de la memoria a dicho objetivo; por ello, las postulados que pretenden abrir la perspectiva del pasado en el marco de la memoria, y la apertura al reconocimiento social de una multiplicidad de sentidos del pasado, parten de tomar distancia crítica de la historia y la relación y uso que ésta hace de la memoria: “Como Memoria e Historia no están separadas por barreras insalvables, sino que interaccionan permanentemente, surge una relación privilegiada entre las “memorias fuertes y la escritura de la historia. Cuanto más fuerte es la memoria —en términos de reconocimiento público e

institucional-, más el pasado de la que es vector deviene susceptible de ser explorado y elaborado como Historia”¹⁶.

Desde hace varias décadas en el mismo seno de la historia surgieron y se consolidaron tendencias que desde una perspectiva crítica, generaron alternativas para contrarrestar el efecto homogenizador y la pretensión de un relato único, unívoco y excluyente sobre el pasado, en el que la memoria es usada, tan solo como un recipiente de información para el historiador; es el caso de las historias desde abajo y particularmente la historia oral que tiene como uno de sus objetivos, otorgarle a la memoria colectiva un lugar alternativo frente a la historia, en un sentido contra-hegemónico, que haga emerger múltiples versiones del pasado desde el lugar de los grupos y pueblos subalternizados:

El uso que le han dado los historiadores a la memoria parece ser, en primera instan-

11 Pierre Nora. *Les lieux de mémoire*. Paris: Gallimard, 1997.

12 Michel Foucault. *Microfísica del poder*. Madrid: La piqueta, 1991.

13 Raimundo Cuesta. *Los deberes de la memoria*. Barcelona: Octaedro, 2007.

14 Cristóbal Gnecco y Marta Zambrano. *Memorias hegemónicas, memorias disidentes el pasado como política de la historia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, 2000.

15 Nathan Wachtel. “Memoria e historia”. En: *Revista Colombiana de Antropología* (Bogotá). Vol. 35, (Ene. / Dic. 1999), pp. 70-90.

16 TRAVERSO, Enzo. *El pasado instrucciones de uso*. Óp. cit., p. 55.



cia, documental: busca obtener información de testigos vivos para complementar o incluso para reemplazar los datos proporcionados por las clásicas fuentes escritas. Pero, de hecho, este recurso a una nueva técnica va más allá del simple interés por la documentación. Implica el cuestionamiento de la historiografía oficial que tiende a darle un lugar privilegiado a los actores dominantes de la historia. De lo que se trata es de salvar el mundo de la gente común –los dominados– del olvido, con la ayuda de testimonios orales [...] De este modo, uno de los propósitos de la historia oral es elaborar una contra-historia desde abajo, y reconstruir la versión del “conquistado” –minorías étnicas o culturales, mujeres o trabajadores-¹⁷.

Las contra-historias, por tanto, se constituyen en formas de constitución identitaria de los colectivos sociales subalternizados, que encuentran en ellas un lugar de lucha, una opción para deslegitimar las historias oficiales, las versiones hegemónicas de los “vencedores”, haciéndose necesario replantear entonces las múltiples relaciones que se pueden establecer entre historia y memoria:

... no hay una manera única de plantear la relación entre historia y memoria. Son múltiples niveles y tipos de relación. Sin duda, la memoria no es idéntica a la historia, aun (y especialmente) en sus tergiversaciones, desplazamientos y negaciones, que plantean enigmas y preguntas abiertas a la investigación. En este sentido la memoria funciona como estímulo en la

elaboración de la agenda histórica. Por su parte, la historia permite cuestionar y probar críticamente los contenidos de las memorias, y esto ayuda en la tarea de narrar y transmitir memorias críticamente establecidas y probadas¹⁸.

Actualmente el desafío para la historia y la memoria, es el de constituir lazos críticos que les permitan un debate fluido sobre los sentidos que se construyen del pasado y la disputa que se establece por instituirlos como parte de la construcción de las identidades de los pueblos. Así mismo, el reto es el de abrir la memoria como un campo fecundo, en permanente reelaboración, que responda a las inquietudes que surgen cada presente.

Memorias disidentes

Así como en el seno de la historia se impulsa el debate de la legitimidad de las historias y memorias oficiales, en las perspectivas y tendencias de pensamiento poscolonial y decolonial se denuncia la sujeción epistémica del pensamiento en el continente americano a los sistemas de conocimiento occidental, teniendo como consecuencia que otras concepciones de mundo y de realidad hayan sido invisibilizados y calificados bajo denominaciones peyorativas, tales como, no civilizadas, bárbaras, salvajes e irracionales.

17 WACHTEL. Óp. cit., p. 72.

18 Elizabeth Jelin. Los trabajos de la memoria. Óp. cit., p. 75.





La carga negativa atribuida por el occidente moderno a otras formas de pensamiento no occidentales, es producto de la herencia colonial, en el que la Historia jugó y juega un papel determinante en el proceso de conquista y de imposición del mundo simbólico que sustenta la subalternización de los pueblos dominados:

La historia impuesta por los colonizadores no borra, simplemente, la historia de los colonizados. Lo que la historia colonial hace es mucho más perverso (y efectivo): distorsiona, confunde, agrupa. El colonialismo no destruye tanto como construye; esa construcción es insidiosa y, ciertamente, más efectiva que la simple destrucción. El universo simbólico de las historias conquistadas nunca es el mismo después de la intervención de la máquina colonial. Las disciplinas históricas profundizaron este proceso¹⁹.

Cristóbal Gnecco y Martha Zambrano abordan el debate de historia y memoria como un enfrentamiento directo entre los que trabajan por la construcción colectiva de una memoria común de los pueblos, a los cuales su pasado les ha sido distorsionado por una memoria oficial instituida o “hegemónica”, y quienes haciendo frente a ésta, tratan de preservar un pasado

común, local, particular y alternativo a los procesos históricos nacionales.

Esta tensión hace evidente una pugna entre dos tipos de protectores del pasado; por un lado, los que defienden unas memorias hegemónicas que tienden a estimular una dominación política encaminada a la aprensión y apropiación de versiones del pasado conjuntas y homogéneas, por medio de dispositivos legítimos como la historia en el que: “la dominación política, requiere de la historia y de la memoria,[...] expresada en la imposición de versiones particulares o parciales como universales y comunes en la oclusión, exclusión y silenciamiento del sentido vivido del pasado de los grupos subordinado, pero también en su colonización y expropiación [...] y domesticación”²⁰, y de otra parte, aquellos que se aferran a la construcción y conservación de un tipo de “memorias disidentes”, que permiten la preservación de la diversidad en la reconstrucción del pasado, en el que los actores de los grupos subalternizados, participan intensamente en la construcción de la memoria y la historia pues: “en la batalla por la definición de la historia también participan activamente dominados y subalternos con proyectos de

19 Cristóbal Gnecco y Carolina Hernández. La historia y sus descontentos: estatuas de piedra, historias nativas y arqueólogos. Artículo aceptado para la publicación en *Current Anthropology*. 2007, p. 2.

20 Cristóbal Gnecco y Marta Zambrano. Memorias hegemónicas, memorias disidentes el pasado como política de la historia. *Óp. cit.*, p. 12.



contestación, inclusión y descolonización. Esta confrontación sitúa las relaciones de poder como terreno privilegiado para la definición, circulación y transmutación de la memoria”²¹.

La perspectiva decolonial abre el espacio a la memoria, impulsa la apertura y expansión de distintas narrativas y sentidos del pasado, favorece la diversificación de los lugares de la memoria, en el que las huellas del pasado no solo están en los restos arqueológicos o en los documentos de los archivos, que son tradicionalmente utilizados para darle base empírica a la disciplina histórica, si no en otras superficies materiales y simbólicas, como voces de otras memorias:

...la voz del pasado tan limitada a los documentos de archivo y a las excavaciones empieza a hacerse oír desde rincones nuevos: la arquitectura, el cuerpo, la autobiografía, el paisaje y la ritualización. De esta manera la naturaleza del texto histórico se amplía dramáticamente. Esta concepción expandida no solo pone al desnudo la hegemonía de occidente con sus dispositivos de memoria y olvido si no también los contextos sociales en los que ocurre la construcción de sentido histórico²²

A partir de la perspectiva decolonial el desafío que se presenta a las ciencias sociales y de manera particular a la historia, en su vínculo fundamental con la memoria, reside en poner en suspenso los contextos y las formas en las cuales ha sido constituida una forma oficial de la memoria. Esto constituye un parámetro primordial para

la apertura de debates que tengan como centro los contenidos y las prácticas tradicionales de institucionalización, de un tipo de memoria y de percepción del pasado. Del mismo modo, se busca favorecer procesos de reconstrucción del pasado desde miradas propias, incluyentes y con una presencia constante de múltiples luchas, que fortalezcan y nutran constantemente estos trabajos de memoria.

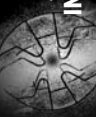
La literatura como lugar de otras memorias

El papel de la historia anclada en sus referentes disciplinares, como se ha señalado anteriormente, es el principal lugar de tensión en la discusión con la memoria, sosteniendo una constante tensión con otras formas de hacer historia o de narrar el pasado. En contraste, las otras memorias, cuyos fines se orientan hacia la recuperación de elementos excluidos del relato predominante instaurado por las tendencias tradicionales de investigación histórica y de las formas de hacerla pública, ponen en cuestión nuevamente uno de los aspectos más discutidos y recurrentes en la producción historiográfica, tal y como, el de la naturaleza de la narrativa en dicha producción. Presentándose, de igual modo, dicha tensión al interior de la historiografía, así lo evidencia Peter Burke: “en la historiografía al igual que la historia parece repetirse – con variantes-

21 Ídem.

22 Ibid. p. 13.





Mucho antes de nuestra época, en el periodo de la Ilustración, la hipótesis de que la historia escrita habría de ser una narración de acontecimientos fue ya objeto de ataques. Entre sus atacantes se contaban Voltaire y el teórico social escocés Jhon Millar²³.

Las pugnas y debates acaecidos por la forma de narratividad o la ausencia de ésta en el modo de escribir la historia, ha conllevado a ampliar la gama de posibilidades desde las que el historiador confronta y expone los múltiples recursos y referentes que utiliza y ha generado por lo menos dos formas de abordar el quehacer histórico: el análisis estructural y la descripción de los acontecimientos.

Uno de los debates entre tales tendencias se sitúa en el lugar de la literatura, quizá por ello, cuando Burke se ubica en esta discusión, señala cómo los historiadores han considerado el papel de la narrativa en la dimensión literaria como una opción fútil o poco seria para la historia, pues la historia “No se interesa por la cuestión de si se ha de escribir o no en forma narrativa, sino por el problema de en qué forma narrativa se ha de escribir”²⁴. Además, el uso del juego temporal aportado por la narrativa literaria, representa en este escenario un reto para los historiadores, en tanto que, el tiempo es un factor de la intimidad de la historia y en cierta forma es el elemento que le da la estructura al relato y a la explicación histórica, mientras que en el terreno de la literatura, la descomposición de la continuidad temporal se constituye en una dimensión compleja pero innovadora, lo que permi-



tiría elucidar nuevas posibilidades para la narración histórica.

Como lo resalta Burke, algunos escritores modernos han descollado sus virtudes en el campo literario de acuerdo a sus experimentos, tales como la posibilidad de hacer más inteligibles las guerras civiles y otros conflictos²⁵; Así mismo, se da la necesidad para los narradores históricos de hacerse visibles en sus relatos “no por complacencia consigo mismos sino a modo de advertencia al lector de que no son omniscientes o imparciales y que también son posibles otras interpretaciones además de la suya”²⁶; llamando la atención a que “un nuevo tipo de narración podría abordar mejor que el antiguo las demandas de los historiadores estructurales, dando una sensación mejor del fluir del tiempo que la que suelen dar por lo general sus análisis”²⁷. No obstante, con cierto recelo los historiadores transitan hoy por el campo de la literatura.

23 Peter Burke. “Historia de los Acontecimientos y Renacimiento de la Narración”. En: BURKE, Peter y otros. *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza Editorial. 1993, p. 287.

24 *Ibid.* p. 293.

25 *Ibid.* p. 295.

26 *Ibid.* p. 296.

27 *Ibid.* p. 297.



Este desplazamiento invita a plantear una relación diferente entre literatura y la historia. Ya que no se trata de un estado de subordinación donde el papel de la literatura se limita a su uso instrumental, es decir, como herramienta para la historiografía. Reside en un vínculo equilibrado de complementariedad, buscando difuminar la línea que separa estos discursos narrativos que comparten un mismo referente, el ser en el tiempo.

El encuentro con este referente busca el acto de representar la percepción de realidad y dar sentido simbólico a la temporalidad. Hayden White retomando a Paul Ricoeur afirma que: “las narrativas históricas se parecen a las narrativas ficcionales, pero esto nos dice más sobre las ficciones que sobre las historias. Lejos de ser la antítesis de la narrativa histórica, la narrativa ficcional es su complemento y aliado en el esfuerzo humano universal por reflexionar sobre el misterio de la temporalidad”²⁸. Esta perspectiva ubica a la literatura como expresión y representación plausible de la realidad, desarrollando versiones sobre el acontecer humano; de esta forma encontramos en las manifestaciones literarias (y artísticas en general) la posibilidad de materializar las percepciones temporales, que se convierten en activadores del recuerdo y por ello son lugares materiales de la memoria, que al pasar al escenario de lo público se convierten en referentes de una memoria colectiva.

De esta forma se asume la literatura como lugar de memoria, pues ésta cuenta con la posibilidad de convertirse en un referente tangible y simbólico, representado

en unas condiciones de mixtura entre lo real y lo ficcional. La relación que la literatura guarda con la memoria es posible determinarla principalmente de acuerdo a un eje transversal: el tiempo, ya que del sentido del pasado que logre representar una obra literaria, se constituye en una posibilidad de evocar a través de ella.

Una particularidad del acto de recordar mediante la literatura es la co-presencia de los momentos, que dentro de la estructura temporal (pasado-presente-futuro) brindan la posibilidad de recrear mediante una opción estética. Es así como, el sentido del pasado logra presentizarse, tal como lo afirma Pablo Dema siguiendo los postulados de Ricoeur:

La imagen mental que es un recuerdo no se confunde con un producto de la imaginación (el cual es producto del fantasear) sino que es la presentización de algo que ocurrió realmente. La memoria nunca abandona su vocación de fidelidad y le desagrada que la verdad que busca se confunda con lo imaginario. Pero al mismo tiempo que es del pasado, el recuerdo se actualiza, es parte del ahora en el que comparece en la mente. Pero sigue siendo del pasado a la vez que está presente como imagen actual²⁹.

28 Hayden White. *El Contenido de la Forma. Narrativa, Discurso y Narrativa Histórica*. Buenos Aires: Ediciones Paidós. 1992, p. 190.

29 Pablo Dema. “El relato literario y la memoria colectiva”. En: *Revista Borradores-Vol. VIII-IX año 2008*. Universidad Nacional de Río Cuarto: <http://www.unrc.edu.ar/publicar/borradores/Vol8-9/pdf/Elrelatoliterario-y-lamemoriacolectiva.pdf>. p 2.





Otras memorias sobre la violencia en Colombia

Memoria gaitanista de la violencia

Para la reconstrucción de la memoria gaitanista sobre de La Violencia, se estableció como marco de referencia temporal el periodo comprendido entre 1945 a 1948, debido a que es durante este periodo cuando el movimiento gaitanista se consolida, con la primera candidatura presidencial de Gaitán y se debilita por la muerte de su líder en 1948. Además de ello, los documentos en los cuales los gaitanistas narran hechos de violencia, localizados en el diario Jornada y el archivo personal de Jorge Eliécer Gaitán, se centran en estos tres años.

El movimiento gaitanista ubica el inicio de la Violencia en Colombia en el año de 1945, cuando sus seguidores son víctimas de las autoridades civiles, militares y eclesiásticas; por lo cual, durante el periodo 1945-1948 no hablan de una Violencia bipartidista, sino de Violencia oficial en contra de un movimiento popular. Ello se encuentra disperso en las denuncias que los seguidores de Gaitán envían a través de cartas y telegramas, algunas veces publicados en el órgano de difusión periodístico del movimiento, otras en sus reportajes. Denuncias que dan cuenta de hechos de "Violencia Oficial" en los once departamentos, las cuatro intendencias y en las seis comisarías en las que se encontraba dividido el país para la época.

Los relatos de los seguidores del movimiento gaitanista sobre choques o



ataques, entre colectividades políticas y fuerzas institucionales; se esfuerzan por presentar a los gaitanistas como víctimas, caracterizando el periodo de 1945-1948, no cómo momento de gestación de la tensión social para la ulterior explosión del conflicto armado, entre grupos irregulares de los dos partidos, (como tradicionalmente se caracteriza), sino cómo un proceso de persecución oficial al movimiento gaitanista. De esta forma el discurso y la memoria gaitanista, emergen como fuentes generadoras de debate para la historiografía de La Violencia en Colombia entre los años de 1945-1948.

Por lo tanto, la labor de analizar y describir el discurso gaitanista sobre hechos de violencia, se constituye en un esfuerzo por reconstruir otras memorias, en pro de la construcción del espacio público para la discusión entre los distintos actores en busca de la reconciliación. En nuestro país ello no ha sido posible debido a que:

Ni siquiera hay un esfuerzo de recuperación de la memoria de las víctimas identificando sus nombres, un sitio para enterrarlas, un monumento para recordarlas. Todo parecería como si el único muerto reconocible por su nombre fuera Gaitán, o como si todos los demás, los 200.000, se diluyeran en él. Gaitán, símbolo de la



unidad del pueblo en la plaza, en la acción política, es también el símbolo de la unidad en la muerte. En cierto modo, la memoria de Gaitán personifica, y al mismo tiempo anula, la memoria de los demás³⁰.

Los gaitanistas al ser parte un movimiento populista en pugna por el poder, entendieron el fenómeno de la Violencia 1945-1948 como un proceso de eliminación sistemática de sus cuadros organizativos, llevado a cabo por los dirigentes y simpatizantes de las fuerzas contendoras en la dinámica electoral: el liberalismo oficial, el partido conservador oficial y el disidente. En esta dinámica no solo serían responsables de la violencia los antes citados, sino que al estar el oficialismo conservador en el poder, serán también incriminados los miembros de las fuerzas militares y de la iglesia.

De esta forma, la publicación de la denuncias en diario Jornada era promovida como herramienta de legitimación de la oposición del gaitanismo al gobierno nacional y al oficialismo liberal, en la medida en que respalda las acciones directas no violentas llevadas a cabo por Gaitán para denunciar las mismas, tales como marchas, mítines y memoriales de agravios, ante el gobierno. En este proceso la mayor parte de las comunicaciones eran la antecala para la realización de marchas multitudinarias en contra de la Violencia o para la realización de comicios electorales, en donde el gaitanismo se presentaba como sector disidente del partido liberal. Por esta razón, las denuncias no solo pueden ser analizadas como hechos fácticos, sino

también como componentes esenciales del proyecto de salvación, promovido por el discurso populista del gaitanismo, demandas inmersas en una dinámica de estrategias políticas en aras del acceso del movimiento al poder del Estado.

Desde el punto de vista de Laclau³¹ se puede afirmar que para consolidar su entrada a la esfera del Estado, el gaitanismo diseñó como movimiento populista, una estrategia de construcción de equivalencias entre demandas particulares sobre hechos de violencia, homogenizando las demandas a través de la publicación en una primera instancia de las particulares (telegramas), la consolidación de los puntos en común entre éstas (reportajes) y la constitución de referentes simbólicos generales (pueblo perseguido, barbarie oligárquica), a través de los memoriales expuestos por Jorge Eliécer Gaitán al gobierno nacional. Ello permitió la inserción de un componente dentro del discurso de salvación del movimiento gaitanista: la eliminación de la confrontación armada entre facciones políticas y fuerzas oficiales.

En este contexto la memoria gaitanista reporta una periodización de la Violencia distinta a la de la historiografía tradicional. Mientras que para la historia la Violencia en Colombia inicia en 1948 antecedida por un clima de gestación de tensión social de 1930 a 1948, para el movimiento gaitanista la Violencia en Colombia inicia en 1945

30 Ibid. p. 96.

31 Ernesto Laclau. *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 2005.





como fenómeno de persecución de sectores institucionales a sus seguidores.

La dinámica de producción de los relatos sobre la Violencia por parte de los gaitanistas, se relaciona con la constitución de una línea divisoria entre la población, a la que sus demandas no son atendidas, y las fuerzas oficiales. En este proceso se pretende constituir el gaitanismo como movimiento que encarna la representación total de sectores descontentos con la administración conservadora, donde los seguidores de Gaitán serán la garantía de la reconstrucción del orden social perdido a causa del conservatismo.

Memoria de la violencia en la literatura

La literatura como forma narrativa se convierte en superficie de emergencia de otras memorias, de otras formas de percepción y expresión, que presenta de manera tangible en el escenario de lo público, otra posibilidad para la construcción de la memoria colectiva. Justamente “La indagación por la memoria nos conduce a sus usos sociales y a los modos en que, en la sociedad la memoria se torna en un campo de conflictos y resistencias, en escenario de dolor y pérdida, en conjunto social frente a la irrupción generalizada de la violencia”³². De esta manera, se concibe a la literatura como marco en el cual se configura una construcción de narrativas que operan desde diferentes niveles de realidad que: “... implica ver por un lado, el esquema dentro del cual encuadran su visión de la realidad, y por otro, el grado de complejidad de las técnicas y recursos

narrativos que utilizan para plasmar tal visión de la realidad”³³.

El periodo denominado por el relato histórico hegemónico como la Violencia en Colombia, generó gran conmoción e impacto en los habitantes tanto del escenario urbano como rural, ocasionando una gran producción de trabajos en el campo artístico que expresan diversas formas de percibir la Violencia; los géneros literarios, la pintura³⁴ y el cine son muestra de dichas percepciones de la realidad a nivel macrosocial.

En un momento inicial, la literatura se presenta como herramienta narrativa primaria. Los testigos directos de la Violencia acuden masivamente a ésta como medio que les permite manifestar sus vivencias y testimonios, aunque literariamente sus obras no sean resaltadas debido a la ausencia y desconocimiento del uso de técnicas literarias.

El tardío movimiento de la literatura en nuestro país revela la dificultad que presentan los autores que para la época, recurren al uso de géneros literarios como la novela, sin tener en cuenta la importancia e influencia de adquirir un fortalecimiento crítico frente a los acontecimientos y a su

32 Pilar Riaño Alcalá, Suzanne Lacy y Olga Cristina Agudelo. *Arte, memoria y violencia, reflexiones sobre la ciudad*. Medellín: Corporación Región, 2003. p 7.

33 Laura Restrepo. Niveles de realidad en la literatura de la “violencia” colombiana. p 127. En: *Once Ensayos sobre la violencia*. Fondo Editorial CEREC Publicado por Centro Gaitán, 1985.

34 Obras pictóricas como la de Débora Arango se constituyen en representativas frente a las imágenes plasmadas sobre la época denominada como “la violencia en Colombia”.



relación con la ruta artística; ello no resta valor a su aporte para la construcción de la memoria colectiva:



Con la “Violencia” parece suceder algo diferente: a partir de su misma irrupción desata un fenómeno literario colectivo; inmediatamente comienzan a escribirse panfletos y novelas que le siguen los pasos a su desarrollo denunciando, dando voces de alarma, rindiendo testimonio. Es innegable que, desde un punto de vista estrictamente literario es deficiente por lo general, esta literatura inicial de la “Violencia”; pero también es evidente que tiene el gran interés de ser una respuesta literaria masiva que surge a la luz de los propios acontecimientos plasmándolos en vivo; quizás por primera vez en Colombia la literatura, en forma generalizada, se integraba a la realidad, desenvolviéndose paralelamente con los hechos. Los primeros novelistas de la “Violencia” son actores directos en ésta, juegan en ella el papel de testigos presenciales y la juzgan a través de sus obras³⁵.

Recurrir a las formas narrativas de la literatura fue un foco que permitió a muchos autores manifestarse frente al fenómeno de la Violencia, caracterizándose éste como uno de los temas más retomados en la producción literaria. Algunas de las obras que podemos reseñar son las siguientes: “9 de abril” de Pedro Gómez Corena, “Los olvidados” de Alberto Lara Santos, “La calle 10” de Manuel Zapata Olivella, “el día del odio” de José Osorio Lizarazo, “El cristo de espaldas” de Eduardo Caballero Calderón y “Las gue-

rrillas del llano” de Eduardo Franco Isaza, entre otras y que evidencian una significativa producción en el contexto del proceso de la Violencia en Colombia

Al proponerse en el ámbito de lo público, el resultado de esta oleada de producciones literarias, revela masivamente multiplicidad de relatos sobre la Violencia, sus sentidos y significados que se expresan a partir de la experiencia vivida. El papel del arte encarnado en la obra literaria tiene una carga de carácter simbólico que interpretado a través de la acción creativa, y al ponerse en juego con los sucesos eminentemente violentos desde el rol de quien observa, generan pautas que activan y recrean el uso de la memoria colectiva.

De esta fase inicial o narrativa primaria se pasa progresivamente a una reelaboración artística donde la literatura existente presenta una visión crítica de los diversos acontecimientos violentos, amplía lo anecdótico y testimonial hacia un juego estético y reflexivo, proponiendo una manera recreada del fenómeno que actúa como fuente de inspiración.

Es de resaltar que esta clasificación no es excluyente sino que intenta destacar

35 Laura Restrepo. “Niveles de realidad en la literatura de la ‘violencia’ colombiana”. p. 125. En: *Once Ensayos sobre la violencia*, Bogotá: Fondo Editorial Cerec. Centro Gaitán, 1985.





las características y condiciones temporales en las cuales se crea una producción expresiva ya que en la literatura de la violencia³⁶ se escribe casi al mismo tiempo de ocurridos los hechos, mientras que en la literatura sobre la violencia³⁷ se prolonga la experiencia y la percepción, el escritor no vive en la misma época sino que es después de lo sucedido que se elabora, “lentamente, los escritores se despojan de los estereotipos, el anecdotismo, superan el maniqueísmo y tornan hacia una reflexión más crítica de los hechos, vislumbrando una nueva opción estética y en consecuencia, una nueva manera de aprehender la realidad”³⁸.

Así entonces, se presenta un momento de ruptura en que emerge la necesidad de nutrir esas subjetividades, que al tener en cuenta esas otras dimensiones y referentes históricos amplían el espectro para la construcción de una más compleja elaboración y reelaboración artística.

El arte actúa allí como dispositivo y campo dinámico para la construcción de las representaciones sociales y activador de la memoria, incluyendo elementos que con frecuencia son excluidos en los insumos que conforman la memoria instituida. Es necesario establecer, en este punto, la salvedad frente a la posibilidad de evidenciar en algunos discursos literarios, la tendencia hacia la reproducción de la memoria oficial. Ello se refleja en el control que se puede ejercer sobre los discursos que circulan y que son manipulados con el fin de instaurar una única versión de realidad con pretensión de verdad.

La narrativa configurada a través de la literatura acerca de la Violencia se constituye en una multiplicidad de versiones que permanecen en lucha constante con la memoria reproducida desde los relatos denominados como oficiales y que pese a su condición de materialidad, aún se mantienen en escenarios ocultos.

✕

36 “Literatura de la violencia, la llamamos así cuando hay un predominio del testimonio, de la anécdota sobre el hecho estético. En ésta novelística no importan los problemas del lenguaje, el manejo de los personajes o la estructura narrativa, sino los hechos, el contar sin importar el cómo. Lo único que motiva es la defensa de una tesis”. Augusto Escobar Mesa. *Literatura y violencia en la línea del fuego*, Bogotá: Ediciones Fundación Universidad Central, 1997. P. 116.

37 “Literatura sobre la violencia. A- En esta novelística, la experiencia vivida o contada por otros, el drama histórico queda sujeto a la reflexión que se realice sobre él mismo, a la mirada crítica sobre la violencia que actúa como reguladora y a la vez como factor dinámico”. *Ibid.* p. 126.

38 *Ibid.* p. 114.

